ACTO TERCERO.

La misma decoracion. Ha concluido la representacion de "La verdad sospechosa".

ESCENA I.

TODOS LOS PERSONAJES RODEAN Á ALARCON. SOLAMENTE FALTA JERÓNIMA.

QUEVEDO. Salve, portentoso ingenio venido del Anáhuac, y que creyérase rico filon de aquellas nuevas y felices regiones, segun es vuestra musa veta del oro de la moral, de la galanura del lenguaje y de la inspiracion poética.

MORALES. Jamas se pondrá en zancos en el corral de la Cruz comedia tan levantada como la de vuesa señoría. ¡Pobre Pinedo! ¡Cómo la escuchaba, no con aquel contento que el público entusiasmado, sino con toda melancolía y tristeza!

FIGUEROA. Verdad es que la comedia tenía por guía y adalid á la hermosura, pues nunca Jusepa se ha presentado más bella y más galana.

VILLAMEDIANA. Advierto que solamente el poeta está triste, y parece arrancársele el alma.

ALARCON. No: feliz me encuentro en este instante; que es la gloria pasto de grandes y esforzados pechos, y aliento de empresas pode-

rosas. De ver es como el poeta suéña con su creacion, la cual en el principio se dibuja en la inmensidad de su cerebro lejano punto negro; así como en la inmensidad de los mares, es nuncio de la tormenta parda nubecilla que desde el horizonte quiere ya iluminar el cielo con luz de relámpagos. Idea y nubecilla vanse extendiendo, y toman forma y colores; y volando veloces con extensas alas, invaden la bóveda de la cabeza y la bóveda celeste. Surgen entónces incendios de luz y de fuego; se escuchan truenos espantosos y gritos de inmensa pasion; y el alma aterrorizada, pero dominada en el mismo punto por sublime recogimiento, míra con asombro que en el firmamento ruge una tempestad y en el teatro un drama. Dios contempla con satisfaccion su drama. El poeta observa como en éxtasis su tempestad. Dios y el poeta han creado dos luchas titánicas, la desesperacion de los elementos y el combate delirante de las pasiones. ¡El poeta es un Dios!

MORALES. Juzgo, caballeros, que recibiréis gusto en catar algunas botellas jerezanas en honra del vitoreado autor. Preparado está espacioso aposento para ello.

VILLAMEDIANA. Vayan vuesas mercedes á trocar su hambre en hartura y su sed en refrigerio, que comparados y contrapuestos los trabajos de esta vida con los ratos de holganza y de buena ventura, tengo para mí que no queda mucho por que quejarse de la suerte.

JUSEPA. Vamos, señores.

TODOS. Vamos.

(Se van por la izquierda todos, ménos Villamediana).

ESCENA II.

VILLAMEDIANA, SOLO.

¡Así pasan las glorias del mundo! En este tablado, poco ha templo de la poesía y trono del genio, queda solamente el bufon mudándose en cortesano. *(Se va quitando el disfraz).*

Léjos de mí, oh tú peluquin más áspero que el mismo doctor D. Cristóbal Suárez de Figueroa. A la tumba. *(Lo arroja en la concha).* Á la tumba tambien vosotras, gafas tan grandes como las de Quevedo; pero que no habéis visto traspasar vuestros cristales por las miradas de su genio, como relámpagos que atraviesan el vidrio del éter. Á la tumba vosotras, jibas espantosas, que no sois como las de Alarcon, estuche de un corazon magnánimo. Ahora tomemos mi sombrero, mi capa y mi espada que de antemano preparados tenía. (*Se acerca al bastidor, los tóma y se los pone*). He aquí al bufon convertido en cortesano; pues es tan fácil como cambiar á un cortesano en bufon. Bien es verdad, que yo soy un maldiciente; es decir, un cortesano bufon. Mentira parecerá que haya yo patrocinado el estreno de *La verdad sospechosa*, y acaso el poeta, que lo ignorará siempre, azote la losa de mi sepulcro con satírica espinela. Horrible es el castigo de los maldecidores, pues en su daño hablan mal hasta los hombres más dignos del premio del bien hablar.

Vámonos. ¿Pero y la Jerónima? No puedo partir sin saber lo que de ella ha sucedido. Mas, hacia aquí vienen Jusepa y Figueroa. Paréceme que traen enredo que debe convenirme el averiguar. Los autores de comedias siempre encuentran en este caso una puerta propicia para escuchar. El apuntador, más afortunado, se entra en su concha, para que á su vez los actores le apunten la comedia. El apuntador nació para que le oyeran. ¡Dichoso el día en que él tiene algo que oír!

(*Se entra en su concha*).

ESCENA III.

VILLAMEDIANA.—JUSEPA.—FIGUEROA.

JUSEPA. Pudiéramos ser observados.....

FIGUEROA. No pares mientes en eso, que ocupados están todos en festejar al jorobeta.

JUSEPA. Y ¿qué pretendéis?

FIGUEROA. Juraste ser mía, si conseguía yo que tú, y no la Jerónima, representaras el papel de la comedia nueva.

JUSEPA. Juramento loco fué; pero lo cumpliré leal. La envidia y la venganza ciegan y conducen precipitadamente al abismo del delito, y despues se exige el cumplimiento del crímen en nombre de la santidad del juramento y del honor de la palabra empeñada. ¡Santidad y honor cambiados en instrumentos de infamia y villanía! El ladron busca la ganzúa, el asesino el puñal, el calumniador la mentira, el seductor la falsedad: todos los delitos se nutren y viven con medios reprobados y deshonrosos; y la envidia y la venganza, más hipócritas y más infames, arrastran en pos de sí la honra y el juramento, agregando al crímen el escarnecimiento de la virtud, y la profanacion de lo que es más santo y más sagrado. ¡Crímenes que vestís el ropaje del honor, y qué sucio ponéis ese ropaje!

VILLAMEDIANA. (*Aparte*). Sábenme á indirectas las sesudas palabras de la farsanta.

FIGUEROA. Déjate de chismes y melindres; que sabido es que vosotras las comediantas no sois ricas de virtud sino en el hablar, y que así encendéis una lámpara en el altar á la Vírgen, como una hoguera en el pecho al deseo.

JUSEPA. Si habéis llegado á doctor para conocer tan mal el corazon de la mujer, bien podíais haberos ahorrado el trabajo de las aulas. En todo corazon de mujer hay siempre una palpitacion para el amor, y amor, sacrificio y virtud son una misma cosa, un solo palpitar.

VILLAMEDIANA. (*Aparte.*) Pensativo se ha quedado D. Cristóbal. Ignoraba que el diablo sabe más que un doctor, y la mujer más que el mismo diablo.

FIGUEROA. Bien, no te exijo que me sigas. Quédate en la farándula con la Jerónima y con D. Juan; que cuando haga con ella las paces, como es de costumbre se tornará más amoroso, y le escribirá comedias más galanas que la misma *Verdad sospechosa*. Quédate; que pudiera ser que el poeta, compadecido de tí, te reserve en alguna de sus obras, un papel chocarrero de dueña cincuentona.

JUSEPA. ¡Ah! no. Tenéis razon, y que os sóbra. Ver á D. Juan amarla con desprecio mio.... mirarla aplaudida en comedias para ella escritas con la pluma del genio mojada en la tinta del amor.... ¡nunca!.... Vámonos.

FIGUEROA. Espera. Si desde luégo, y sin más hacer, nos marchamos, quedarán solos y á sus anchas el poeta y la comedianta: es necesario hacer algo que cause escándalo tal que el corcovado sea del corral para siempre despedido, aunque esto le traiga

la desgracia lamentable de que dé en tierra con el suntuoso edificio de sus comedias, y no encuentre despues autor que quiera ponérselas de anteojos al público de la coronada villa.

JUSEPA. ¿Y cómo?

FIGUEROA. Es necesario ademas, que en lo que de hacer hayamos, encontremos motivo para separarle por siempre de la Jerónima, y que si ya no sea él quien por sus antiguas debilidades la huya, sea ella quien se aleje por las nuevas del poeta.

JUSEPA. No comprendo.

VILLAMEDIANA. (*Aparte*). Justo que á más de doctor es diablo Figueroa, y hasta ya pienso que pudiera tener algo de hembra.

FIGUEROA. Aquí tienes mesa, papel y tinta, que sirvieron en la comedia, y fueron parte para la gloria de D. Juan: sirvan ahora para su perdicion. Siéntate y escribe.

JUSEPA. (*Sentándose*). ¿Á quién?

FIGUEROA. "Á D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza."

JUSEPA. ¿Á él?

FIGUEROA. Sí.

JUSEPA. Ya está.

FIGUEROA. Prosigue. (*Jusepa escribe*). "Dueño mío, te espero en la habitacion que amoroso preparaste para que pasáramos afortunada y feliz nuestra vida. Me he ido, aprovechando la bulla del corral, merced al refresco preparado por el tonto de mi marido, pues parece que de propósito ha dispuesto facilidades para nuestra fuga."

JUSEPA. ¿Y para qué es esta carta? No comprendo.

FIGUEROA. Para que se la des á algun mancebo del corral, que no sepa leer por supuesto, con encargo de que se la entregue á tu marido. Él creerá que por equívoco se la dan, y que ha descubierto un gran secreto. Gritará, lo sabrá la Jerónima, y arrojarán al jorobeta; del corral el autor, y de su pecho tu rival. Fírma.

VILLAMEDIANA. (*Aparte*). ¡Si el ojo de la Providencia no viese estas maldades! Muéveme á risa, pensar que el conde de Villamediana está haciendo el papel de la Providencia.

JUSEPA. Ya está firmada.

FIGUEROA. Mánda el billete, y espérame en una litera, que al efecto está lista en la callejuela.

JUSEPA. (*Yéndose*). Voy.

ESCENA IV.

FIGUEROA.—VILLAMEDIANA.

VILLAMEDIANA. (*Saliendo de la concha*). Ahora nos tóca á nosotros, señor doctor.

FIGUEROA. ¡El conde de Villamediana!

VILLAMEDIANA. Silencio: mi nombre no debe sonar en corrales ni tablados. Pero ¿me haríais la merced de cambiarme vuestra espada?

FIGUEROA. ¿Mi espada?

VILLAMEDIANA. Sí, doctor; vuestra espada. Creed que no perderéis en el cambio; que es la mía riquísima hoja toledana de la fábrica de Tomás Ayala. Mirad la marca de las dos tes con sus puntos encima, que semejan cruces.

FIGUEROA. No comprendo vuestro capricho; pero quiero satisfaceros el gusto.

(*Cambian las espadas, y envainan*).

VILLAMEDIANA. Pues vais á saber, querido Figueroa, la razon de capricho tan singular.

FIGUEROA. Con curiosidad os escucho.

VILLAMEDIANA. Anda por las calles y plazas de Madrid, y éntrase por salones y academias, un don Bellaco, que en lo presuntuoso le gana á Lope, en lo necio á Montalban, y en lo maldiciente á mí mismo. Se duda si es lacayo de alguaciles ó alguacil de lacayos; lo que sí sé deciros es, que en estos momentos está de alguacil alguacilado. Por razones que á vos no se os alcanzan por ahora, prometí azotarle con vuestra espada, y no se librará, por Dios, el don Bellaco.

FIGUEROA. ¿Y quién es él? ¿Cómo se llama?

VILLAMEDIANA. ¿Pues ya no os lo tengo dicho? Llámase don Bellaco, y por mote le dicen *el doctor don Cristóbal Suárez de Figueroa.*

FIGUEROA. ¡Señor conde!

VILLAMEDIANA. Calma, señor doctor, que áun no comienzo; y desde ahora tened advertido, que pienso zurraros de lo lindo.

FIGUEROA. Pero es ésta, traicion y villanía

VILLAMEDIANA. No, mi querido don Bellaco: villanía es prender y conducir á la Inquisicion á una infeliz mujer de quien ningun mal habéis recibido: villanía ha sido el deshonrarla ante su amante; villanía es el perder á la desgraciada Jusepa. Ésta, á lo ménos, merecido lo tiene; y por eso he dejado que escriba y envíe la carta que ha de perderla. No me habléis, pues, de villanías, que á villano y bellaco no hay quien pueda ganaros; y esto me mueve, á mí, conde de Villamediana, á cruzar mi acero con vos, no para heriros como si fuerais caballero, sino para apalearos con vuestra propia espada.

FIGUEROA. (*Alzando la voz*). Necesito saber.....

VILLAMEDIANA. No deis voces, que os tendré entónces por cobarde, pues los cobardes sólo saben usar las maldicientes lenguas de sus malvadas bocas: los valientes callan, y hablan con lenguas de acero. Vamos, pues, que se acerca gente, y ya tengo prisa de escarmentaros.

FIGUEROA. Pero.....

VILLAMEDIANA. Id delante, ó como á murciélago os ensarto. (*Sale Figueroa*). ¡Qué trabajo cuesta hacer andar piernas miedosas!

ESCENA V.

MORALES Y JERÓNIMA, QUE SALE APOYADA EN SU BRAZO.—UN CRIADO DESPUES.

JERÓNIMA. (*Sentándose*). No puedo andar. Si lo hubiera podido, no habríase visto saeta más veloz que yo saliendo del corral. ¡Qué horas han pasado para mí, y cómo he derramado lágrimas en el encierro de mi aposento, miéntras duró la representacion! ¡Y yo sentí que el corazon se me saltaba del pecho, cuando al salir de mi prision vi en las esquinas grandísimos cartelones, en que con letras rojas de almagro, decía. "Juan Morales Medrano representa hoy la famosa comedia de D. Juan Ruiz de Alarcon en el Príncipe!" ¡Más me hubiese va-

lido que las letras de su nombre se hubieran escrito con la sangre de mis propias venas!

(Se oyen carcajadas dentro).

Oídlos, Morales: en su loca algazara de mí se olvidan.... ¡y yo siento morirme! Mal hice en rendirle mi corazon, fortaleza de diamante, donde tenía su voluntad cautiva en grillos de oro. Alarcon, ¿de qué te sirve la gloria, si es laurel entrelazado con la ortiga de la ingratitud? Era el mirarle como alegría del cielo; y no pudiendo reprimir el alborozo del alma enamorada, fiábalo al fuego de mis ojos y al arrullo de mis besos. ¡Ingrato, que dió vida á mi sér para darme hoy la muerte!

DENTRO. "¡Vítor D. Juan de Alarcon,
Por su comedia famosa
De *La verdad sospechosa!*"

JERÓNIMA. Sacadme de aquí, Morales: sacadme, por la Vírgen del Pilar.

MORALES. Voy á mandaros preparar una silla de manos; y á buscar á Jusepa, que inquieto estoy de no verla.

UN CRIADO. (*Entrando*). Me encargaron que entregase á vuesa merced este billete.

MORALES. ¿Á mí? ¿quién?

CRIADO. Una dama encubierta, que si se ha de juzgar por lo diminuto del pié, lo torneado de la pierna que descubrió al entrar en la litera, y lo blando de la mano, debe ser de perlas.

MORALES. (*Abriendo la carta*). Veamos.

(Se va el criado. Jerónima está cada vez más decalda, y pierde poco á poco las fuerzas de la vida).

MORALES. *(Demudado).* ¡Cielo santo! ¡Y qué infamia me ha descubierto el error de ese hombre!

JERÓNIMA. ¿Qué os sucede?

(*Se oyen nuevas carcajadas y gritos de alegría, oyéndose el nombre de Alarcon*).

MORALES. Reíd, festejadle, vitoreadle. ¡Mal perjeñado poeta, ladron de mi honra!

JERÓNIMA. ¿Qué decís?

MORALES. Leed la carta que Jusepa le escribe. (*Miéntras sigue hablando Morales, Jerónima lee la carta, y hace una escena muda en que manifiesta su dolorosa situacion*). ¿Dónde estará? Daría mi vida por saberlo. Fuérala á matar. La mataría al encontrarla. Sí, la mataré. ¿Os burláis, señores poetas, de los celos de Juan Morales? Yo haré tambien mi comedia; ¡pero la mía terminará con sangre!

JERÓNIMA. *(Despues de una desgarradora afliccion, muéstra en su semblante resignacion sublime).* Gracias, Dios del cielo. Si él me engaña, nada le debo, y todo el amor que le tengo, es como dádiva y merced que mi cariño pone á sus plantas.

MORALES. *(Fuera de sí, con voz sombría, y llevando la mano al puñal).* ¡Ah! el cielo me le envía. Justicia me pide mi honra, ¡y tremenda justicia será hecha!

(*Morales se pára observando, y Jerónima se levanta con dificultad, pero con la violencia de la inquietud*).

ESCENA VI.

JERÓNIMA.—MORALES.—ALARCON.

(*Alarcon atraviesa por el fondo, embozado en su capa, y sin mirar. Morales se lánza sobre él puñal en mano. Jerónima se precipita, y le detiene*).

MORALES. ¿No ves que te engaña?

JERÓNIMA. ¿No sabéis que le ámo?

(Alarcon se ha vuelto, descubriéndose. Morales deja caer el puñal. Jerónima no puede sostenerse en pié; y se apoya en Morales).

ALARCON. ¡Jerónima! ¡Morales! ¿Por qué empuñabas el acero traidor? ¿Por qué tiemblas al mirarme?

MORALES. Os quería matar.... ¿Qué digo, os quería....? Lo quiero.... Jerónima me detuvo.... ¡Mal hayan los pechos enamorados que no saben de venganzas!

ALARCON. (*Acercándose á Jerónima, que ha ido á apoyarse en la mesa*). Te he dado la muerte, ¿y con la vida me págas?

JERÓNIMA. (*Con severidad, dándole la carta que tóma de la mesa*). Leed, D. Juan. (*Éste la tóma, y lee*).

MORALES. Sí, leed; y decidme entónces si no es mía toda vuestra sangre. Decidme si con Jusepa no ibais á reuniros.

ALARCON. (*Con tranquilidad*). Huyendo del bullicio, pues estoy más para lágrimas que para risas, me retiraba á mi solitaria vivienda; y ni entiendo este billete, ni jamas de amores bablé con Jusepa. Huéleme á traicion tu carta, pobre Morales.

JERÓNIMA. (*Irguiéndose*). Más me huelen á traicion vuestras palabras. Fácil es decirle amores á un corazon desamorado, y ya muerto por la pena. Fácil es decirle á una alma: revive y áma. Y el alma resucita á una vida nueva. y parece que nace sin haber vivido jamas, y es pura, sí, pura como los ángeles del cielo; y como es niña otra vez, otra vez es confiada y se entrega, y otra vez la engañan ¡y la matan!

ALARCON. Pero tu falta.....

JERÓNIMA. Poetas, que no sabéis mirar más que el cuerpo, que no conocéis el amor del alma, que sois como los gusanos que dejan escapar el espíritu para alimentarse de la podredumbre del cadáver, ¡por Dios, no os llaméis poetas: llamaos hombres! ¡No es de vosotros la divinidad!

(*Se siente desfallecer; Alarcon va á sostenerla; ella se yergue, se adelanta á la silla, y le dice*): No.

(*Cae en la silla, y Alarcon á sus piés de rodillas*).

ALARCON. ¡Jerónima!

JERÓNIMA. Así..... ¡la calumnia á los piés del martirio!

(*Morales, cruzado de brazos, los contempla sombrío*).

ALARCON. ¡Una palabra, Jerónima: díme una sola palabra!

JERÓNIMA. (*Fuera de sí, y abrazándole el cuello*). ¡Te ámo!

ESCENA VII.

DICHOS.—JUSEPA DENTRO.—DESPUES VILLAMEDIANA.

MORALES. (*Ve hacia los bastidores de la derecha*). ¡Ella! ¡Jusepa!

(*Precipitadamente se baja, alza el puñal, y con rostro iracundo se dirige adentro. Por los bastidores de la derecha se oyen carcajadas de alegría y aplausos*).

JUSEPA. (*Dentro*). ¡Perdon!

MORALES. (*Dentro*). ¡Miserable!

JUSEPA. (*Dentro*). ¡Ay! (*Lánza un grito de muerte*).

(*Alarcon se levanta violentamente. Jerónima observa con espanto. Morales sale sin el puñal, lívido, con el rostro desencajado y erizado el cabello*).

ALARCON. ¿Qué has hecho?

MORALES. Me he vengado.

JERÓNIMA. ¡Infeliz Jusepa!

VILLAMEDIANA. (*Entrando con una espada en el cinto y otra desenvainada en la mano, y el rostro cubierto con antifaz*). He llegado tarde.

MORALES. (*Avanza á él, y le dice con voz sombría*): ¿Quién sois?

VILLAMEDIANA. (*Aparte á Morales*). Soy Villamediana. Silencio. Que no sepan mi nombre. (*Alto*). Testigo fuí de la infamia que Jusepa y su amante tramaron para perderos, D. Juan. El amante, por envidia: Jusepa, por celos. Ardiendo en ira, y dejando lo de la carta para despues, pues creía tener tiempo de llegar á punto de aclarar todo, cuidéme de castigar ántes al amante. Cambiamos espadas, y á la luz del farol que alumbra al Ecce Homo, comencé por arrancarle de las manos la mía, que huyó de ellas veloz, por no tener costumbre de ser empuñada por villanos; y despues con la suya le dí de palos hasta ponerle más Ecce Homo que el alumbrado por el farol. Corro entónces en busca de Jusepa, que cansada tal vez de esperar, volvió en busca de su amante.

MORALES. Y encontró al marido vengador. Señor, decidme el nombre de ese infame.

VILLAMEDIANA. Sabes que no soy hombre de delatar á nadie: jamas te lo diré. Guarda su espada, que te la dono, por ser propia para algun cobarde deslenguado, que tenga que hacer en entremes ó comedia el bufon de tu farsa.

MORALES. (*Tomando la espada*). Señor, decidme quién es.

VILLAMEDIANA. Te he dicho que no.

MORALES. (*Yéndose por la derecha*). Yo lo sabré.

ESCENA VII.

JERÓNIMA.—ALARCON.—VILLAMEDIANA.—DESPUES LOS POETAS Y LOS COMEDIANTES.

ALARCON. Gracias, señor; me habéis justificado.

JERÓNIMA. Ya mi amor lo había hecho; pero siempre lo agradezco á este caballero.

ALARCON. ¿Me podrá decir el de Santiago su nombre?

VILLAMEDIANA. En ocultarle tengo empeño. Disfrazado de Alcorcon he tenido la honra de apuntar vuestra comedia.

JERÓNIMA. ¡Ah! ¿sois vos? Noble debéis de ser, pues noble es vuestra alma.

VILLAMEDIANA. Jamas me descubriré. Al portalon hay una litera en que podéis iros. Yo quedo aquí al cuidado de que entierren á la infeliz Jusepa, y de que no prendan al celoso Morales.

JERÓNIMA. ¡Oh! gracias, gracias. (*Levantándose*). Vamos, mi D. Juan: ya no nos separaremos nunca.

(*Quiere andar, no puede, y vuelve á caer en el sillon*).

Se nubla mi vista.... Se me oprime el corazon.... D. Juan, siento morirme.....

ALARCON. Jerónima, no te acobardes..... Apóyate en mi brazo.

JERÓNIMA. (*Levantándose y apoyándose*). Sí, vamos.... la dicha, una felicidad infinita, eterna, nos espera. Vamos. (*Cayendo en el sillon, dice desesperada*): ¡Pero si no puedo!

VILLAMEDIANA. (*Acercándose*). Lívida está su faz. Alarcon, esto es la muerte.

ALARCON. (*Con angustia*). ¡Esto es que la he matado!

JERÓNIMA. (*Tendiéndole la mano*). Mi D. Juan, no te alejes..... quiero verte á mi lado.... mirar tus ojos.... sentir tu aliento.... así..... así.....

(*Alarcon se ha arrodillado, y le tóma Jerónima la cara con las manos*).

VILLAMEDIANA. (*Aparte*). ¡Misterios del destino! Encuentra el amor el primer rayo de felicidad, luchando y apagándose entre las sombras de la muerte.

ALARCON. Alienta, mi Jerónima: inefable fortuna nos espera.

JÉRÓNIMA. Me siento ya sin vida.

(*Se oyen carcajadas dentro*).

VILLAMEDIANA. (*Indignándose al oirlas*). ¡Oh!

JERÓNIMA. (*Comenzando á delirar*). Estaba á oscuras..... y ya miro la luz .... Sí.... allí veo á mi D. Juan, coronado de gloria y de laureles..... ¡á D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza!..... Bátenle palmas en el corral los mosqueteros.... Las damas con sus pañuelos desde sus aposentos le saludan.....
(*Se va levantando, sostenida por Alarcon*). Los poetas le traen coronas de laurel..... muchas..... muchas coronas..... Y él.... para que yo repose..... me fórma blando lecho con los lauros de su gloria.....

VILLAMEDIANA. Valor, D. Juan: es el dolor temple de almas grandes.

JERÓNIMA. ¡Cuánta luz!..... ¡Cuánta luz!.... Es el templo de la inmortalidad..... Son sus columnas..... no de mármol..... sino de estrellas..... Es su cúpula..... no de bronce..... sino de soles.... En su frente.... hay inscripcion grandiosa..... escrita con rayos de luna..... que dice..... "Al autor de *La Verdad Sospechosa*..... admirados..... dos..... mun..... dos....."

(*Cae muerta en brazos de Alarcon que se arrodilla*).
(*Entran los poetas y los comediantes*).

BARBEDILLO. ¿Dónde está D. Talegas, que nos ha abandonado?

CLARAMONTE. ¿Qué es de Corcovilla?

QUEVEDO. ¿En dónde se esconde D. Juan?